

Dr. Sr.
Mistides Calve

EL

601-

DR. FELIX ANGULO



1886

BIMOTA

Imprenta de "La Luz."

601 c

EL DOCTOR FELIPE ANGULO



Muchas veces hemos pensado que escribir la historia de este país, á contar desde 1875, sería labor muy propia de hombres reflexivos. Tan variados han sido los sucesos; tan poderosa la reacción contra el régimen caído; tan profundo el convencimiento de los estadistas que desde entonces han venido dirigiendo la opinión; tan general y persistente el clamor público contra los pasados abusos; tan propicia la suerte á los nuevos principios; tan rebeldes los enemigos de la transformación política á todo compromiso de que resultara la paz nacional; tan perseverante el favor de los pueblos, de suyo versátil, á esta renovación de hombres y de ideas, y tan porfiadas sus alabanzas, que no sin razón afirmamos ser por todo extremo dignas de estudio las causas de tamaños fenómenos. Acaso los hechos que aquí han venido cum-

pliéndose en nada influyan, mediata ni inmediatamente, en la suerte de otros pueblos. Pero nada tampoco perdería con ello la majestad de la Historia. Grandes no deben llamarse en todo caso las acciones ni los hombres porque sea dilatado el escenario en que aquéllas se desarrollan y éstos se mueven. Hay una especie de grandeza intrínseca, fundada en el sentido moral, que así es la misma ignorada de las gentes como entendida del vulgo. Y, por otra parte, nadie puede prever á donde alcance el beneficio, el daño ó la experiencia de unos pocos. La Revolución Inglesa de 1688, que pasó casi inadvertida á los ojos de la Europa, viene infiltrando tenazmente su poderoso espíritu en los hábitos políticos y sociales de las Naciones civilizadas. En cambio, la Revolución Francesa, nacida entre truenos y relámpagos, en ninguna parte ha logrado realizar sus utopias deslumbradoras. Empero á nuestra modestia le bastaría que sólo nosotros sacáramos utilidad de ese estudio. La enseñanza sería tan provechosa y el ejemplo tan fecundo, que á muchos serviría de consuelo y á todos de escarmiento y desengaño.

No cabe en las condiciones de este ensayo, sencillo y rápido de suyo, extendernos en eso que apuntamos; á más de que nos lo impiden estor-

bos que por lo enojosos se callan. Pero será bueno decir algo de lo mucho que se pudiera, yá que para nuestro asunto es indispensable.

II

Los signos inequívocos de la división del partido liberal aparecieron en 1875. Verdad es que mucho antes, como en 1854 y 1867, no dejaron de haber motivos suficientes para sospecharse de la integridad del partido. El entronizamiento de los conservadores después de vencidos los melistas, y la política conciliadora de los radicales que derrocaron á Mosquera, ayndaron, sin embargo, ú obligaron, en una y otra ocasión, á olvidar recientes discordias. Aun se miraba á los conservadores con recelo y aborrecimiento, y por eso los más distinguidos de sus adversarios predicaban, á cada instante, la necesidad de la unión como el único medio de combatir con ventaja al que llamaban enemigo común. Por otra parte, ni Melo, por su ignorancia y falta absoluta de facultades mentales, ni el General Mosquera, agobiado yá bajo el peso de los años, podían hacer duradero el

proyectado cisma. Tampoco había mostrado ninguno de los dos caudillos el fin noble de sus esfuerzos. En la política de Melo apenas se descubrían anhelos de vulgar venganza. En la de Mosquera, apenas asomaba su ambición, vuelta con el tiempo, de soberbia y lúcida que era, vana, caprichosa é incoherente.

Sucedió de otro modo en 1875. Una gran fracción liberal, ó, mejor dicho, la mayoría del partido, á cuyo frente se hallaban personajes muy notables en las letras, la política y las armas, apartóse ruidosamente del círculo gobernante. La ocasión, como traída de la mano, se presentó con motivo de las candidaturas para Presidente de la República. Era vieja usanza que ellas se acordasen en reducidos conciliábulos de palaciegos y que después se impusiesen al Pueblo *soberano* con la fuerza oficial; y cansados aquellos hombres de semejantes hábitos, resolvieron no soportarlos más, y, en consecuencia, á pesar de halagos y amenazas, se empeñaron en escoger candidato propio.

A la sazón residía en Inglaterra, madre querida de la Libertad, como la llama el más grande y desgraciado de sus poetas líricos, un hombre cuya altísima intoligencia, demostrada en el ejercicio de elevados cargos públicos en el país y el

Extranjero, había llegado á la plenitud de su asombrosa perfección. El tiempo y la distancia le habían colocado sobre las miserias y vergüenzas cotidianas de escrutinios y revueltas. Juzgábasele como acontece á menudo con los grandes hombres, más admirados cuanto más lejos. Sus versos, candentes de pasión, amargos de escepticismo elegíaco, incorrectos pero hermosos en su mismo desaliño, enérgicos, soñadores, vibraban hasta en labios acostumbrados sólo á besos y sonrisas. Los entendimientos graves estudiaban sus lucubraciones, y, dándole aplausos ó censuras, admiraban aquel talento flexible que así se acomodaba á las abstracciones filosóficas como al feliz cortejo de las Musas; que trataba, en libros y periódicos, los más arduos problemas sociales con magistral criterio y verbo admirable; que rendía culto espiritualísimo á la Libertad, y despreciaba, por lo asquerosa, la demagogia histriónica.

A él, pues, volvió los ojos el grupo disidente, y pronto la Nación acogió el nombre del Dr. Rafael Núñez con transportes de júbilo bien singulares por cierto.

Lo más prudente hubiera sido que el círculo del Gobierno, en lugar de oponerse á la opinión, se cruzara de brazos dejando que el Sr. Núñez

fuese elegido. Con esta conducta, la división comenzada no habría tenido razones de existencia, y, al cabo de poco tiempo, se hubieran extinguido las quejas y recriminaciones de la oposición. Pero fuese ambición, soberbia ó ceguedad, ó que á los poderosos su misma locura se les antoja discreción, sucedió todo lo contrario. Empeñáronse los del Gobierno y sus secuaces en violentar el sentimiento público, sin escrúpulos de medios ni intenciones; y los adversarios del Gobierno se empecinaron en la lucha, por ser cosa natural que la violencia engendre el deseo de resistirla. La cólera llegó á su colmo, como todos lo recuerdan, cuando el Presidente, usando, es verdad, de sus facultades constitucionales, arrojó del Gabinete á un Secretario del Despacho, y lanzó del Ejército á varios Jefes y Oficiales, todos adictos al aborrecido candidato. Trabóse la lucha más tenazmente que nunca, pero el Gobierno desafió la situación y al cabo triunfó de ella con atrevimiento. La tragedia de San-Juan de Cesar enseñó, otra vez aún, que la derrota del derecho es frecuente por desgracia; la infeliz belicosidad del Estado de Bolívar probó que el débil está siempre destinado á sucumbir; y el 2 de Agosto en Bogotá, y el voto en blanco del Cauca y el millón de pesos, de-

mostraron de nuevo que no hay medio de que los poderosos no usen para asegurar su dominación.

III

Los liberales de Bolívar resolvieron acoger como candidato para Presidente del Estado al mismo ciudadano á quien la opinión pública había en balde designado para regir el país de 1876 á 1878. Los conservadores bolivarenses, después de larguísima abstención del derecho electoral, resolvieron presentar de competidor al Sr. Bartolomé Calvo, ausente en el Extranjero, hombre, por otra parte, digno de las mayores grandezas. El Sr. Núñez fué, sin embargo, elegido.

Decir lo que hizo aquella memorable Administración de 1876 á 1879 sería apartarnos considerablemente de nuestro objeto. Más hábiles plumas no faltarán tampoco que se impongan esa fácil y agradable tarea. Y aun nada tiene de extraño que nosotros también la intentemos si nos sentimos con fuerzas para ello.

IV

Puede decirse que el DR. FELIPE ANGULO principió su carrera pública en esa época. Antes, en la Asamblea de 1874, había llamado la atención de las barras cartageneras (muy amigas de los discursos como todos los colombianos) por sus dotes excelentes de orador. Y á la verdad que no le escasearon los aplausos. Pero no afirmamos que esas dotes le hubiesen abierto exclusivamente el peligroso camino del poder. Condiciones no comunes de inteligencia y de carácter, descubiertas á tiempo en su callado desarrollo por un observador experto, lo fueron encumbrando poco á poco. El Sr. Núñez conoció que aquel joven sería, tal vez en no lejana época, un auxiliar precioso de su idea, y resolvió sacarlo de la sombra. No buscó ANGULO los medros de la posición torciendo su conciencia, sino que siguió al nuevo caudillo político con juvenil sinceridad. Porque se sabe que la juventud liberal, con raras excepciones, se adhirió á la candidatura del Sr. Núñez en 1875. Acaso algunos jóvenes lo hicieron por simple espíritu de oposición, anhelosos,

como aquí lo estamos siempre, de probar independencia y altivez; otros por amor á ciertas generosas doctrinas de que juzgaban al Sr. Núñez convencido apóstol; y todos, seguramente, por la admiración y la simpatía que en cerebros volcánicos y corazones impresionables debía producir el ilustre cantor del *Qué sé yo!* ANGULO, pues, hizo lo que los demás. Debió de haberse sentido fascinado por aquel hombre que tan hondamente había conmovido la República con el ímpetu de su pensamiento. Y por cierto que era natural que uno se asombrara hasta el exceso viendo que un escritor causaba en estas multitudes, idólatras de la fuerza, la atracción irresistible que, por lo común, únicamente engendran los guerreros afortunados. Así es como se explica que ANGULO ocupara altos puestos en Bolívar durante aquella Administración. Escandalizáronse algunos de tamaña fortuna en un joven casi imberbe; pero si la fidelidad es vana palabra para la conciencia de los ruines, no lo es para el Jefe sabio que, ante todo, necesita confiar en amigos y subordinados.

V

En 1879 sentóse ANGULO por primera vez en la Cámara de Representantes. Los tiempos eran de agitación. La mayoría del Congreso, compuesta de radicales vehementes, luchaba sin descanso contra el Gobierno del General Trujillo, salido del independientismo. Entonces el pueblo liberal de Bogotá alardeaba de independiente y, por tanto, aborrecía al Congreso y adoraba al vencedor de Los Chancos. Tiempo hacía yá que las masas, y aun gentes colocadas más arriba, entre quienes se señalaban los estudiantes de los Colegios públicos, se habían acostumbrado á mirar á los legisladores con insolente menosprecio. Quienes así pensaban, decían tener por las instituciones amor fervoroso, al propio tiempo que se afanaban como insensatos por desacreditarlas en la práctica. Aberración natural en pueblos díscolos, ignorantes y pobres, que no comprenden la libertad sin el desorden ni el derecho sin la asonada! No era, pues, extraño que el recinto de las Cámaras se convirtiese diariamente en vergonzoso teatro de violencias callejeras.

Hasta que, por fin, llegó el día infame en que turba repugnante de furiosos, azuzados por esos agitadores cuyas ganancias salen de la ajena inseguridad, entraron al hemiciclo y echaron de allí á los Diputados entre silbidos y pedradas. Cuéntase que el Gran Protector, cansado de las disputas que el Parlamento *Rump* le buscaba con ocasión de su poder, invadió la Cámara con sus soldados, arrancó al Presidente de su sitial, quitó la maza de sobre la mesa, despejó el salón y cerró la puerta con llave. Pero Cromwell tuvo razones, que no examinamos aquí, para dar aquel golpe de autoridad. ¿Cuáles tuvieron los demagogos del 7 de Mayo? El Congreso había sido elegido y obraba conforme á la Constitución. Si la mayoría era hostil al Gobierno, ¿quién tenía derecho para violentarla? El precedente, además, ¿no podría ser funesto en lo futuro? Esos demagogos hallarían en el hecho de Cromwell ó en los análogos de Luis XIV y Bonaparte, magnífico tema para vociferar, en Club jacobino, un discurso contra la tiranía, repleto de los correspondientes lugares comunes. Pero su vulgar atentado sería, sin duda, puesto sobre las nubes como acción propia de republicanos y demócratas. Verdad es que los radicales tuvieron la culpa de lo sucedido. Se habían apresurado á des-

truir el principio de autoridad, y este principio fué escarnecido en sus personas. Puesto que sembraron vientos, era justo que cosecharan tempestades. En razón no se debe acusar á los independientes de aquel gran crimen. El Jefe del partido estaba en Cartagena y mal pudo aconsejarlo. Muchos Diputados de la mayoría se opusieron en 1880 al proyecto de indulto que se presentó en las Cámaras. ANGULO, por razones particulares y políticas, guardó sobre el asunto modesto silencio, aunque siempre deploró aquel suceso. Y diremos, por último, en desagravio del partido independiente, que muchos de aquellos que figuraron como cabecillas de los lapidadores, se han jactado después de radicales frenéticos.



No estuvo escaso el trabajo de ANGULO en 1879; pero su labor parlamentaria de 1880 fué tan difícil como sostenida y brillante. *Leader* de la Administración del Sr. Núñez, presentó notables proyectos y sostuvo discusiones de importancia con miembros muy capaces de la minoría. Sus discursos

sos más perspicuos y elegantes los pronunció con ocasión del proyecto que mandaba crear el Banco Nacional. Su palabra, como en asunto fácil y meditado, corría como un torrente al que nada detiene. Su acento tenía la enérgica vibración de la buena fe. En esas oraciones manejó la lógica como un ariete y disparó á menudo sus sarcasmos como una flecha aérea. Hay en ellos, prescindiendo de la armonía del conjunto, imposible de señalar aquí, frases dignas de citarse por modelos de elocuencia parlamentaria.

En una discusión importante dijo: “Estamos devorados por el mal de las palabras, si se me permite la expresión. Para nosotros es preferible una *perorata* á la verdad matemática de los hechos. Charlatanes eternos, vivimos en un mundo que nos hemos formado á nuestro antojo, y declaramos, con gravedad imperturbable, que todo lo que en él no se encuentra es una mentira solemne.” Cierta orador asegura que la poca estabilidad del Gobierno le impedirá cumplir sus compromisos en caso de guerra. “Entonces, dice ANGULO, todo está en inseguridad: la fortuna privada, los bancos particulares, todo, absolutamente todo. En tiempos anormales, Gobiernos como el Inglés y el Francés declaran de curso forzoso los billetes de los bancos

de Londres y de Francia, no obstante que esos establecimientos, propiamente hablando, no son nacionales. La anormalidad para los pueblos es el caos, y todo lo que se diga contra un estado tál de cosas será pálido comparado con la terrible realidad de los acontecimientos." Y como se insistiera en la falta absoluta de paz sólida, "yo digo, exclama, que cuando un país se encuentra en la situación de Colombia, es preciso alejarlo del abismo distra- yendo su atención en empresas grandes, atrevidas si se quiere, y capaces de conmover el orden social.... Parece, en verdad, Sr. Presidente, que nos hubié- ramos propuesto justificar con nuestra conducta las desconsoladoras palabras de Hobbes!" A qué más citas? El éxito de esa campaña parlamentaria fué de un todo favorable á la Administración y al partido de quienes ANGULO era gallardo intérprete. Y á la satisfacción de sus triunfos debió de mez- clarse en el alma del joven Diputado el placer siempre nuevo que inspiran los elogios de los ad- versarios.

VII

En la siguiente Legislatura las Cámaras presentaron un aspecto amenazador. Soberbias ambiciones se despertaron de súbito entre los miembros de la mayoría, que, cansados de la disciplina, se apresuraban á apartarse del Jefe para buscar por separado la fortuna con que cada cual soñaba. Así, al entusiasmo que antes despertara el Sr. Nuñez, habían sucedido sentimientos hostiles. El pueblo, ligero en sus amores como en sus odios, al decir de Tácito, fatigado de incensar un ídolo, parecía que suspiraba por el régimen caído. Y los magnates que más habían vilipendiado á los radicales, se apresuraban, como en desagravio, á darles el beso de paz. Inconstantcs en sus ideas, abominaban su obra de ayer; incapaces de perseverancia, retrocedían desalentados al punto de partida después de haber estado cerca del término del viaje; sin visión de lo futuro, tomaban por signos inequívocos del tiempo los celajes caprichosos de un crepúsculo indeciso. El 24 de Abril se proclamó la *Unión liberal*, y desde entonces sus partidarios en la Cá-

mara de Representantes aprovechaban todos los momentos para poner de relieve en sus discursos la peregrina perfección de su obra, y lanzar contra el Sr. Núñez los cargos más audaces. Como era natural, ANGLIO, con su firmeza de siempre, tuvo que salir frecuentemente á la palestra en defensa del amigo y Director de su partido. Cierta vez le recordó á la Cámara su pasada fidelidad y le echó en cara su vergonzosa defección. “¡Cómo han pasado los tiempos, señores Diputados (exclamó con amarga vehemencia!) ¡Cómo han pasado los tiempos! ¡Hace apenas un año que en este recinto tan sólo resonaban coros de alabanzas para el Sr. Núñez y su política! ¡Hace apenas un año que las barras que ahora me escuchan sólo tenían aplausos para los oradores independientes! Pero hoy se glorían de herir al Dr. Núñez los mismos que entonces le protestaban adhesión eterna; y esas mismas barras, antes tan propicias á nosotros, hoy nos amenazan con gritos de muerte! ¿Qué puede revelar esa rápida inconstancia sino carencia absoluta de carácter? Por eso, cuán cierta es, Sres. Diputados, aquella profunda frase de Madame de Staël, de que todo pueblo es digno de su suerte!” Hasta dónde llegara la reacción de los tráfugas, lo demuestra un solo rasgo. Levantóse un orador y con

argumentos de Carmañola quiso convencer á AN-
GULO de que seguir á un jefe de partido es servilis-
mo, y obedecer la disciplina que éste imponga á sus
partidarios estúpida abyección. “Convencido estoy
(contestó el agredido), de la necesidad del mando
y la obediencia. Ningún ejército ha triunfado nun-
ca sino cumpliendo las órdenes de su capitán. El
orden natural no existiría sin el equilibrio de las
fuerzas; y tampoco habría orden en los partidos
sin el equilibrio de las voluntades. Pero esas vo-
luntades no pueden equilibrarse dejándolas entro-
gadas á sus propios instintos: es preciso que las
regule una razón superior. ¿Comprendéis vosotros
lo que ejecutaría una agrupación humana á nadie
sujeta ni dirigida por nadie? De seguro que no ha-
rá nada durable. Nunca la anarquía ha sido fór-
mula de orden, ni tampoco son fuertes las volun-
tades diseminadas. En todos los países civilizados
los partidos políticos obedecen á un jefe. ¿Serán
servilos y abyectos los hombres inteligentes y ricos
que en Inglaterra se agrupan en torno de Glads-
tone y Salisbury, y en Francia se juntan alrededor
de Gambetta ó Clemenceau? No me siento, pues,
humillado por esos calificativos. Para mí, por lo
contrario, es causa de orgullo obedecer al Jefe de
mi partido, porque mi conducta es hija de la re-

flexión y el criterio." Y ANGULO tenía razón. "No hay orden sin regla," y por haber querido eliminarla, no pasó la *Unión liberal* de un confuso tumulto de habladores. Ellos demostraron que los intereses personales logran sobreponerse sin esfuerzo á la razón y al decoro; que en política los enemigos más irreconciliables fraternizan á veces llevados de un común aborrecimiento; que no hay consejeros más falaces que el orgullo y la infidencia; que el querer de unos pocos descontentos es impotente á cambiar los anhelos de una época; y, por último, que nada hay tan estéril como las resoluciones inoportunas.

VIII

ANGULO partió para Europa en 1881, acabadas las sesiones del Congreso. Quien desee renovar sus ideas debe también renovar su horizonte. El ojo se cansa cuando se fija largo rato en un punto del espacio; el espíritu se fatiga cuando no sale del estrecho vulgarísimo círculo de la existencia diaria. Los libros enseñan mucho, menos lo que sólo se aprende en medio de los hombres. Goethe decía

que el que no sabe otra lengua que la suya, no sabe ninguna; y nosotros diremos que el que no conoce sino el rincón en que nació, ni esa parte del mundo conoce. Las obras de una literatura se estudian mejor en la lengua nativa, y de igual manera, para estudiar un país debemos visitarlo. Los viajes son el necesario complemento de la educación de un joven. ANGULO sacó de ellos el provecho que debía esperarse de su inteligencia. Observó en la Gran Bretaña el mecanismo de aquel Gobierno admirable, cuya ancha base descansa en el buen sentido de la raza Sajona antes que en escritas instituciones. Contempló de cerca aquella nobleza, la primera del mundo, no por la antigüedad ni las riquezas, sino por su espíritu progresivo y democrático en el verdadero sentido de la palabra. Vió que allí no hay aristocracia, porque en la Cámara de los Comunes se confunde el plebeyo con el hijo del gran señor, y en la Cámara de los Lores se mezclan los descendientes de los caballeros que rompieron á los Sajones en Hastings con hombres nuevos ennoblecidos por sus propios méritos. Contempló en aquel floreciente Imperio, unidos en estrecho lazo, la Libertad, que dignifica las almas, y el Orden, á cuyo amparo marcha la civilización y se funda el derecho. Palpó

grandes miserias sociales, pero en ellas mismas aprendió cuánta distancia hay de las utopías empíricas á la realidad de las cosas. Maravillóse de aquella civilización egregia, pero al examinarla supo que la riqueza y la sabiduría son hijas del trabajo que fecunda, y del tiempo que todo lo transforma; que, así como los individuos, los pueblos no llegan á su madurez sino al cabo de haber pasado por las borrascas de la juventud; y que no es de pensadores, ni siquiera de varones prudentes, pretender que naciones apenas salidas de la infancia, turbulentas y desidiosas por lo mismo, mal educadas y dirigidas, lleguen de un salto al punto que otras ocupan después de siglos de esfuerzos y vicisitudes. Midió con el entendimiento la influencia intelectual de Francia, y comprendió que, para orgullo de nuestra raza, Francia será siempre el cerebro del mundo. Convencióse de que en las sociedades, como en la naturaleza, todo lo que existe tiene su razón de existencia y que es locura querer destruir de un golpe organismos que obedecen á leyes inalterables. Vió en el arte la manifestación de la belleza, y de ahí dedujo que los pueblos son más cultos á medida que crece su criterio artístico. Dilató el alma en las viejas catedrales góticas y sintió el

dolor de lo infinito bajo las cúpulas soberbias. Cayó en arrobos extraños ante las Virgenes de Murillo y palpitó de asombro ante la Venus clásica. Extasiáronle las melodías de Gounod y sintió á su lado el aleteo de la muerte escuchando á Beethoven. Y al embriagarse su corazón con el fresco perfume del arte, con la restauradora esencia de la hermosura, comprendió con tristeza cuán lejos está su Patria de ese eterno ideal, vida celeste de los sentidos, aspiración perpetua del alma á lo incógnito y remoto, anhelo vehemente del espíritu por la Eterna Belleza, fuente inmortal de consuelos inefables...

IX

Al regresar de Europa en 1884, ANGULO entró en el Ministerio provisional que formó el general Hurtado, y cuando el Sr. Núñez se encargó del Gobierno continuó en el mismo puesto de Secretario de Hacienda. La Memoria que publicó en Enero de 1885 es un documento serio y meditado, libre de la ampulosa palabrería de los charlatanes á la vez que de los extravagantes proyectos de los

ilusos. La prensa acogió con merecidas alabanzas la modesta exposición y manifestó que por fin la Hacienda pública había encontrado un reorganizador en el joven Ministro. Pero tales esperanzas hubieron de quedar fallidas con la revolución que estalló á fines de 84. “Esa guerra (dice ANGULO en una especie de adición á la Memoria) ha trastornado, como era natural, el plan económico y fiscal de la Hacienda pública, y, por consecuencia, á las medidas comunes de una Administración regular, han sucedido, como era de esperarse, las medidas severas del estado de guerra.... El Gobierno, como decía uno de mis predecesores en 1877, tiene impuesta la necesidad de la defensa; para defenderse tiene que hacer la guerra, y la guerra no conoce ley. El Gobierno, pues, debe ser revolucionario á su turno y francamente. No es que él sale voluntariamente del orden, sino que lo colocan fuera de él con la revolución que lo turba.”.... En estas vigorosas palabras, traídas tan á tiempo, se adivinaba al futuro Secretario de Guerra.

X

¿Quién no conoce la obra de ANGULO durante esta última rebelión tan inconsulta y funesta? Manejó á la vez dos Departamentos administrativos, impulsando cada uno de ellos con fuerza propia. Sus facultades mentales, como la vista del lince entre las sombras, se aguzaban con la dificultad de los problemas cotidianos. Su energía se mostró siempre tranquila pero inquebrantable. En los días de angustia su pensamiento trabajaba sereno, buscando anticipado correctivo á las infidelidades de la fortuna. Su atención se plegaba á los mil detalles de los negocios, así como su espíritu abarcaba de un golpe la grandeza del conjunto. Una vez que resolvía algo, su voluntad inflexible obligaba á su ejecución sin demoras ni reticencias. Marchaba derecho hacia el adversario sin curvaturas ni vacilaciones. Tuvo el valor de la convicción sincera y la fidelidad cariñosa de las almas fuertes. Sabía que una gran causa le había entregado su confianza, y él sentía que su conciencia lo amparaba en el combate. Si

alguna vez pensó en el peligro, él solo lo sabe, porque jamás dejó ver un desfallecimiento. Su cuerpo resistía sin doblegarse al abrumador trabajo, y su espíritu permanecía enhiesto no obstante la fatiga de la meditación diaria. Dotes de hombre de Estado son esas en que la reflexión y la voluntad van como de la mano mirando hacia adelante y allanando con paciencia los obstáculos. Mostrólas ANGULO en tiempos difíciles, sonriéndolo aún la primavera de la vida. ¿Cómo no han de ir ellas en progresivo desenvolvimiento? Hombres de esas condiciones no cobardean al principiar no más el viaje lleno de ásperas pruebas. Semejantes á aquella animosa Princesa de las *Mil y una Noches*, que iba en busca del pájaro que hablaba, del árbol cantor y de la fontana de oro, esos hombres siguen al fin, á pesar de injurias, amenazas y calumnias. Por eso la biografía de ANGULO está en lo *Terrenir*.

Bogotá, 1.º de Julio de 1886.

[De *La Nación* de Bogotá, números 87 y 89].